

GARCÍA DE PAREDES. LA DISCRECIÓN COMO ESTILO

MIGUEL ÁNGEL BALDELLOU

A VIDA de José María García de Paredes (Sevilla, 1924; Madrid, 1990), al recorrer los tres cuartos finales del siglo XX, se ve afectada por la práctica totalidad de los conflictos ideológicos de nuestra ajetreada historia nacional, si bien su ejercicio profesional, al iniciarse en 1950, se sitúa en la etapa en que la opción moderna se presenta como dominante.

Así tras la ruptura realizada por los maestros de las postrimerías de la Autarquía (Cabrero, Fisac, Sota, Coderch) quedaban por elaborar las poéticas particulares de los distintos miembros de la joven arquitectura española.

La generación de arquitectos a la que pertenece García de Paredes se centra en el *modo*, no tanto en la ruptura, en que han de reinterpretarse, en el contexto de las posguerras, las líneas surgidas del Movimiento Moderno.

García de Paredes retomó, a partir de una veta respetuosa con la tradición, a la que le condujo tanto su temperamento equilibrado como su formación primera (la poderosa influencia de algunos maestros de la Escuela) y su larga estancia romana, una senda intermedia entre el racionalismo orgánico de los arquitectos nórdicos (Aalto, Asplund, Jacobsen, Siren...) y el experimentalismo de los jóvenes del Team X (Smithson, Van Eyck, De Carlo...).

Sin embargo, García de Paredes se mantuvo siempre alerta a la verificación personal de las propuestas externas, sin caer en tentaciones formalistas o posiciones aparentemente radicales. Por ello su *"no estilo"*, caracterizable por la discreción, le alejó de

las frecuentes clasificaciones por tendencias aunque en algún momento sus obras pudieron hacer pensar en afiliaciones concretas. En este sentido, y aun a pesar de haber colaborado frecuentemente con otros compañeros (Carvajal y de la Hoz, sobre todo), su obra se mantuvo con una extraordinaria autonomía e independencia, superando las posibles influencias, siempre coherente con su modo de ser, discreto y extraordinariamente elegante.

Vista a la distancia, a los once años de su muerte, su aportación más notable a la arquitectura española podría considerarse precisamente el discreto equilibrio. Entre tensiones y experiencias radicales, su apuesta por el sentido común, en su mejor acepción, no podía asumir ni confrontaciones ni liderazgos. La arquitectura de García de Paredes varía de acuerdo con los temas, adaptándose al mejor cumplimiento de los programas y las condiciones del contexto, de modo que no resulta nunca la protagonista. No encontraremos en sus mejores obras, alardes formales que condicionen los programas ni énfasis innecesarios que subrayen la autoría. Admiraba la natural maestría de Aalto o de Palladio e intentó, en lo posible, pasar inadvertido como protagonista. Su mejor arquitectura resulta sólo reconocible desde la mirada más atenta y ajena por lo tanto a las disputas más frívolas.

Sin duda, en García de Paredes, la arquitectura religiosa, la doméstica o la dedicada a la música, tienen su propio discurso interno. Pero también comparten una actitud común que las caracteriza. En otras ocasiones me he referido al silencio de su

arquitectura, que se escucha en muchas de sus obras, frente al estruendo, tan habitual en el contexto.

En la iglesia de Almendrales, en el Auditorio Falla, en las viviendas de Plaza de los Campos, en el Colegio Aquinas, y en otras varias obras, dejó claro cómo alcanzar la maestría sin alardes. En todas ellas, el arquitecto parece retraerse a un segundo plano, liberando al usuario de toda tensión innecesaria. La arquitectura “se limita” a facilitar el uso adecuado de un espacio fácilmente inteligible, sugiriendo además, de forma sutil y sosegada, el disfrute de lo bien hecho.

Reconsiderando algunas de las características de la arquitectura de García de Paredes, encontramos, en primer lugar, la importancia dada al programa de necesidades. Sus obras realizadas se benefician de un estudio minucioso de las funciones al que subordina la gran mayoría de las decisiones formales. Hasta el punto en que éstas nunca son autónomas, y por lo tanto, tampoco gratuitas. Herencia del funcionalismo como poso de la etapa racionalista, transmitido por las generaciones precedentes, y apoyo en que refundar la conexión con la modernidad contemporánea. La estricta sujeción a la norma funcional se ve completada por las reglas del oficio, cuya racionalización impone medidas, módulos espaciales y sistemas constructivos. Su obra eludió por esta vía las fáciles tentaciones de lo espectacular y los riesgos innecesarios. Su estrecha relación con la materia, entiendo la obra como artefacto construido, (recordemos su trabajo

con maquetas de taller y su habilidad manual), entraba en tensión con la sutil manera de estudiar el alma de la arquitectura a través de la vibración del espacio por la luz y por el sonido. Una cierta actitud “oriental”, ajena sin embargo al misticismo contemplativo, le permitió obtener, por eliminación de lo superfluo, algunos de los espacios más sutiles y sugestivos de la arquitectura española del siglo en que vivió.

Otra condición a que se atiene su obra, la del lugar, es entendida en términos de preexistencia. Su larga meditación sobre lo que en cada lugar es pertinente, se traduce en implantaciones coherentes con el medio formal y con la memoria construida. Intenta, en cada ocasión, seguir la norma, implícita o explícita, acomodando a ella el “impulso” formalizador al que era reticente. Parecía trabajar más a gusto cuando contaba con sugerencias formales a las que poderse adaptar. Lo que puede considerarse como “voluntad de forma” aunque no estaba ausente en su concepción de la arquitectura, permanecía prudentemente quieta por su profunda comprensión de la permanencia. En los tiempos en que cuajó su poética, en la década de los 60, su actitud supuso un callado desafío a aquella “furiosa investigación”, a la que en otro lugar me he referido, caracterizada por la prisa en devorar etapas, sin digerir ni las causas ni las consecuencias. En aquella vorágine, la obra de García de Paredes resultaba ejemplar y rigurosa. Y por ello quizás, más libre, independiente y duradera.